

Globalización e Identidad.
Construcción de Representaciones Culturales en América Latina, una y diversa

Globalization and Identity.
Construction of Cultural Representations in Latin America, one and diverse

Jolly Maritza Grau

Universidad Pedagógica Experimental Libertador
Instituto Pedagógico Rural “Gervasio Rubio”-
Núcleo de Investigación EDUCA.
Línea de investigación: Saberes, Educación y Tecnología
Táchira-Venezuela
E-mail: jollyg27@yahoo.es

Resumen

En un mundo de intercambios, relaciones e interconexiones provocadas por la globalización, la identidad y la interculturalidad se disponen como entidades centrales para comprender lo diferente. Y pese a que en rigor América Latina posee una naturaleza diversa que estriba en la particular configuración sociopolítica y sociocultural de cada región, lo que evidentemente marca ciertas costumbres, prácticas y conductas tanto individuales como colectivas es esa poli-forma de los matices culturales. No obstante, se admite que al constituirse América Latina como un objeto de estudio, se reconoce en éste el hilo conductor que sin dejar de lado sus propias complejidades y especificidades, vincula a los países miembros más allá de los puntos de concordancia en el idioma, la matriz católica que impuso la colonización, las mezclas de razas que signa el patrón antropológico y cultural del continente, el carácter mayor o menor de dependencia de otras economías y poderes; entre otros, ello permite pensar en “fronteras móviles”, que den lugar a espacios de consenso y disenso donde no se caiga en un esquema de múltiples diferencias o que por el contrario se llegue a un agrupamiento simplista y unificador, como parte de la acción de los procesos globalizadores en este contexto.

Palabras clave: globalización, identidad, América latina, cultura.

Summary

In a world of exchanges, relationships and interconnections caused by globalization, identity and multiculturalism are arranged as central entities to understand the different. And although strictly speaking Latin America has a diverse nature lies in the specific socio-political and socio-cultural settings of each region, which evidently mark certain customs, practices and individual and collective behavior is that form of poly-cultural nuances. However, it is recognized that in establishing Latin America as an object of study, it is recognized in the thread that without neglecting its own complexities and specificities, links to member countries beyond the points of agreement in the language, Catholic matrix imposed colonization, race mixture that marks the anthropological and cultural pattern of the continent, the varying nature of dependence on other economies and powers, among others, this suggests in "shifting boundaries", which lead to spaces and discrepancy which does not fall into a pattern of multiple differences or instead is reached and unifying simplistic grouping as part of the action of globalization processes in this context.

Keywords: globalization, identity, Latin America, culture.

Cada país, época, coyuntura, tiene una singularidad que lo distingue de los otros. Pero también hay semejanzas, convergencias y resonancias. De ahí, surge la idea de América Latina, como historia concreta y como imaginación. A la formación del pensamiento latinoamericano, subyacen temas variados, distintas perspectivas, visiones y representaciones; no obstante, estos diversos matices y criterios se encuentran en la necesidad de generar conocimiento sobre este contexto respondiendo a un perfil sistemático y transversal, que dé cabida a un diálogo intercultural desde la comprensión unidad/ diversidad

(Adaptación de ideas de Ianni en Roitman y Castro).

1. Introducción

En la actualidad el ser humano vive en un espacio donde se enfrenta a un cambio histórico en desarrollo, que se mueve a los pasos de la globalización, cuya estela incide directamente sobre las estructuras que dan fundamento a la sociedad, configurada en su cotidianidad por una diversidad de modos de vida. En ese diario acontecer de la realidad Latinoamericana, coexisten el sujeto, los colectivos, sus costumbres y tradiciones, su identidad, el saber y la sociedad. Así, como lo declara Esté (1997), estamos haciendo y "haciéndonos" en un mundo, rodeados por los medios tecnológicos e instrumentos y al mismo tiempo por elaboraciones tangibles e intangibles, a partir de las cuales se construyen relaciones de sentidos y significaciones, representaciones e ideas que son producto de

pautas simbólicas, en un proceso que de suyo es dialéctico y que se inscribe en el ámbito de lo cultural.

Las representaciones, la educación, el nivel de sentido crítico y de autoconsciencia de los pueblos de América Latina, se constituyen en aspectos medulares de la discusión y necesaria reflexión que plantea el estar insertos en el escenario de la globalización; en virtud de ello, es preciso debatir sobre algunas manifestaciones del comportamiento de entidades como las representaciones, la identidad y la cultura y su papel en el posicionamiento protagónico del individuo ante el mundo y los cambios que en él suceden; éste es justamente el propósito de las ideas que se abordan en este artículo, que se conforma sólo como un matiz de las múltiples aristas que deben orientar una permanente revisión y diálogo de estas categorías en correspondencia con las realidades.

2. En el marco de la Globalización.

Los avances vertiginosos que suceden en el mundo están íntimamente ligados a las grandes transformaciones que ocurren en el sistema social. Uno de los principales factores que definen este cambio histórico en desarrollo; es la globalización del planeta, en sus variadas dimensiones: sociales, económicas, políticas y culturales; facetas que incluso han modificado la estructura socio-cultural de cada pueblo.

Es preciso advertir, que el proceso globalizador es de vieja data, se remonta para América Latina en los principios de la modernidad; concretamente, se sitúa en el tiempo de la conquista y colonización europea, pero su presencia se ha acelerado en las últimas décadas del siglo XX, instituyéndose como un fenómeno multicausal que origina lo que algunos investigadores han denominado: “un nuevo orden mundial”.

Para Friedman citado por Moreno (2000), la globalización es “un sistema internacional envolvente que está condicionando las políticas domésticas de cada país y las relaciones internacionales de, prácticamente todas las naciones” (p, 16). Éste es un proceso que ha producido sorprendentes innovaciones, siendo impulsado por la revolución científica y tecnológica y por el empleo de los medios; es así que se configura un complejo sistema de interrelaciones globales; aupado por la dinámica de las comunicaciones, sustentadas éstas en tecnologías propias e identificadas con la informática, la miniaturización, la digitalización, las comunicaciones satelitales, la fibra óptica e Internet.

La globalización es entonces, un proceso multidimensional, debido a que abarca la integración creciente de los países del mundo en todos los ámbitos y especialmente la internacionalización de las actividades económicas. Las fuerzas que han impulsado dicha integración, son: el desarrollo de la tecnología, el deseo de la gente de aprovechar nuevas oportunidades, el avance de los conocimientos y la reducción de las barreras al comercio internacional. Existe por tanto, un alto impacto de las Tecnologías de la Información y de la Comunicación (TIC), en la integración de los mercados, la eficiencia, la organización industrial y el desarrollo del capital humano.

Palomino (1998), apunta que la globalización es un enfoque o modelo de la realidad, que integra una serie de concepciones que expresan una forma distinta de pensar y actuar; es un proceso histórico, el resultado de la innovación humana y el progreso tecnológico. Borroto (2008), enfatiza tres vertientes que caracterizan la globalización; ellas están dadas en el plano de lo económico, el geopolítico y el cultural. En el orden de lo económico, por acción de las marcadas tendencias hacia la internalización de las economías, al surgir compañías transnacionales que operan en todo el mundo, la creación de mercados universales de capitales, las estrategias de marketing controladas por el tipo de consumidor, la desregularización de gran parte de los mercados de capital nacional, la industrialización y la división del trabajo entre los llamados países centrales y periféricos y al interno de estos y principalmente, la polarización de los extremos de riqueza y pobreza que margina aún más a los países y minorías que ya de por sí habían sido excluidas.

En el plano geopolítico, puesto que se establece un sistema de Estados- nación que al configurarse en bloques económicos, excluyen a ciertos países y pretenden incluir a otros en una única dimensión donde no cuentan las especificidades y niveles de desarrollo. Paralelamente, se erige una tendencia que promueve la minimización de las funciones del Estado y la promoción de los procesos de descentralización administrativa, esto en consecuencia facilita el enraizamiento y la acción de las compañías transnacionales.

Finalmente, en cuanto a la dimensión cultural, la globalización supone el nacimiento de una cultura universal que relega a ciertas regiones que no cuentan con los recursos suficientes o que no tienen acceso a los medios tecnológicos, a la vez que los grandes países como Norteamérica, se instauran como centros de poder al lograr un dominio sobre la cultura de masas, determinando normas de consumo, asumiendo productos culturales

como mercancías al descontextualizarlos de sus espacios naturales. Esto a decir del mismo Borroto (2008), trae consigo el nacimiento de un “un nuevo sistema de valores que preconizan las grandes transnacionales de las comunicaciones y del consumo (...); así, el cuerpo de significaciones y representaciones que es válido para el mundo desarrollado, se implanta a otros ámbitos y latitudes menos favorecidos” (p. 133).

Al hacer una lectura de lo aparente y de lo no evidente, se descubre que el arraigamiento progresivo de cada uno de los rasgos de estas vertientes, trae consigo el posicionamiento de la globalización más allá de ser una tendencia, tomando los matices de un proyecto político y social, al cual subyacen intereses de poder.

Por su parte, Held (2000), distingue cuatro tipos de impactos de la globalización; a saber: los *impactos decisionales*; referidos al grado en que los procesos de globalización alteran los costos y beneficios, en función de las políticas que deben adoptar los gobiernos, corporaciones, colectividades. Los *impactos institucionales*; ya que determinadas fuerzas y condiciones de la globalización, perfilan las agendas de opciones para las grandes decisiones políticas; también están los *impactos distribucionales*, porque existe un alto nivel de incidencia en la conformación de fuerzas sociales: grupos, clases; dentro de una sociedad y entre países. Por último, existen los *impactos estructurales*, debido a que la globalización condiciona a corto, mediano y largo plazo, los patrones de organización y comportamiento político, económico y social.

Como puede deducirse, América Latina no está ajena a estas transformaciones, pese a que sus efectos comienzan a sentirse a partir de la década del noventa; es así, que muchos estudiosos sociales han percibido la fragmentación social como uno de los principales problemas que trae consigo esta transición épocal, al observar la pérdida de peso de las instituciones públicas locales y nacionales, el cambio estructural de patrones de asentamiento y convivencia humanos, a lo cual se adiciona la reformulación de lo propio, debido al predominio de los bienes y mensajes procedentes de una economía y una cultura globalizadas sobre los creados en la ciudad y la nación a las cuales el ser humano pertenece.

Como ya se refirió, las nuevas necesidades de consumo, que manejan los medios de comunicación social y la producción ofrecida, ha generado que la identidad cultural de los diversos pueblos en la actualidad se vaya dinamizando, atendiendo a ciertas pautas

comunes en pos del logro de una mejor calidad de vida, lo cual trae como consecuencia que se acepte como un hecho ineludible la marcha hacia la aldea global, en cuya realidad, de ruptura de tiempos, espacios y fronteras, se revela la construcción de un mundo donde los espacios no son en su totalidad, democráticos, igualitarios, abiertos o fraternales, sino que se ha convertido en la aldea de la promoción y realización del gran capital.

Ahora bien, al estar insertos en América Latina en el marco de la globalización, como lo alude Cornieles (2000), tanto estas latitudes, como el mundo entero, están sujetos a procesos vertiginosos de cambio económico, social, político, tecnológico, ambiental, cultural; en este sentido, se crea constantemente gran cantidad de información, que demanda la apertura de las regiones y países a niveles más altos y conscientes de preparación para el manejo, comunicabilidad, socialización, análisis, creación y recreación de la misma; lo cual ciertamente hace evidente el ineludible requerimiento de una mejor preparación a nivel educativo; constituyéndose esto por tanto, no en una época de cambios, sino en un cambio de época en sí mismo.

Atendiendo a nuevas realidades y referentes; de acuerdo con la visión de la investigadora, es preciso, promover el desarrollo de una educación que responda a las particularidades y requerimientos de cada contexto, para la construcción de un proyecto colectivo, que se convierta en punto de apoyo para la formación de un ciudadano con capacidad de analizar, comprender, discernir, elegir, participar, estar de acuerdo, discrepar y tomar postura ante visiones y paradigmas a cuyo tenor se pretenda establecer un patrón homogeneizador de costumbres, hábitos, tradiciones, de formas de producir y apropiarse del conocimiento. Se trata pues de coadyuvar a la formación de un sujeto para incorporarse eficientemente y con sentido de cambio y acción ante las nuevas circunstancias.

3. En el horizonte de las representaciones y la dimensión cultural

La concepción de representaciones que se adopta, encuentra asidero en la cuarta y quinta generación de la escuela de los Analesⁱ. Ellas, se vislumbran entrelazadas a un marco de construcción que se sustenta en lo histórico, sociológicoⁱⁱ, antropológicoⁱⁱⁱ y psicológico^{iv} y que las descubre como visiones epocales que develan los rasgos construidos y reconstruidos por los individuos que hacen vida activa en el contexto universitario, posibilitando el encuentro entre el tejido de lo individual y lo colectivo, en donde ambas se

amalgaman para configurar lo social. En consecuencia, son un corpus de conocimientos que articulan lo psicológico, valorativo, cognitivo y social, mediado por el entorno, la comunicación y la relación que se establece entre los conjuntos humanos. Delinean los procesos de interacción, moldean preceptos, pautas, discursos, experiencias, tendencias, visiones, códigos, motivos, sentidos y significados, propiciando la producción, apropiación, recreación o reproducción del saber, las prácticas sociales que ejerce tanto el sujeto como el colectivo, a la par de signar su relación con el otro y cómo éste se ve ante el mundo.

Desde la perspectiva de Durkheim (1976), las representaciones se instituyen en una especie de matriz que gobierna los actos de los seres humanos en el marco de una sociedad, existiendo sobre las mismas, parámetros en referencia a normas, valores y leyes. De allí, se interpreta que ellas son formas de conocimiento o ideación compuestas socialmente, que no pueden explicarse tan sólo recurriendo a la vida individual, sino que también son atinentes al entorno y a lo colectivo; de lo cual se traduce que son portadoras de significaciones. Beriain (1990), añade que las representaciones entrañan: “estructuras intersubjetivas de conciencia que encarnan el acervo de conocimiento socialmente disponible que se despliega como formaciones discursivas más o menos autonomizadas” (p. 16).

Los carices hasta ahora expuestos, dejan entrever que las representaciones sociales pueden ser compartidas por un determinado grupo, marcando sus producciones, elaboraciones y discursos, pero que al mismo tiempo, existen especificidades en éstas por acción de las particularidades propias de cada sujeto y sus vivencias. En esta misma vía, Moscovici (1979), da un paso más allá del planteamiento de Émile Durkheim, al percibir las representaciones sociales como elaboraciones de carácter colectivo, mediadas por procesos de interacción en la construcción de la realidad; entonces, a su juicio, no hay distinción alguna entre el universo exterior e interior del individuo o del conjunto, más bien existe un estado de complementariedad e interdependencia entre éstos.

A las representaciones sociales, subyacen rasgos que devienen de producciones simbólicas ligadas a una carga de valorización y significación en la cual evidentemente incide el entorno, éstas se acomodan como una especie de revestimiento que puede estampar sus huellas en las relaciones del espacio y tiempo, en las visiones del pasado, presente y futuro. Al respecto de esto, Augé (1996) relata que:

[...] en la puesta en escena de la diversidad de lo social, sólo se pasa de las representaciones sociales a lo simbólico y viceversa, por

acción de las prácticas (...); al mismo tiempo, todo objeto simbólico es un instrumento y medio de comunicación, que se orienta por las prácticas sociales (p.46).

Al analizar esta obra, se deriva que las representaciones sociales son elementos que determinan las prácticas sociales y los símbolos y sentidos desde los cuales éstas se interpretan y se llevan a efecto, pero a su vez, las prácticas de los individuos influyen, impactan y signan dichas representaciones, de modo tal que existe una mutua implicación. Recíprocamente, en el acontecer de la vida cotidiana, el actuar y los continuos procesos de comunicación, hacen que las representaciones cambien el panorama de la realidad, confluyendo en el mundo de la intersubjetividad; es decir, el persistente contacto e interrelación posibilita que emerja una especie de correspondencia entre sentidos, significados y formas de significar de uno y otros; esto es, aparece en el escenario de “nuestro diario vivir” “la otredad” y la “alteridad”, para “mirarnos en la semejanza y la diferencia”, desde el conocimiento de sí mismos, de los otros y de los lazos entre éstos y la realidad. Así, en forma no siempre manifiesta, sino usualmente tácita, se anida un horizonte de significaciones compartidas y valores aceptados como tal.

Siendo las representaciones de un sujeto y de un conjunto social, construcciones de tipo simbólico que intervienen en los modos de vida que se desenvuelven en la cotidianidad, donde se despliegan procesos de identificación, creación, reproducción, recreación e innovación, en concordancia con las visiones, percepciones y asunciones de ese colectivo, las mismas se hallan matizadas por las expresiones culturales propias de los grupos, sus necesidades e intencionalidades. Desde su dinamicidad se aglutinan conflictos, intereses, consensos, discrepancias; algunas se imponen, otras se transan o se negocian de manera implícita o explícita, otro tanto hace viable transmutar matices, transformar procesos existentes o preservarlos, tomar decisiones, seguir estatismos o en su defecto promover cambios dilatados o drásticos en hábitos, premisas, asunciones y formas de vida.

Como lo esboza Ruiz (2003), en el plano de lo cultural, las representaciones pueden fungir como elementos de legitimidad, constancia, adaptación y hasta de subversión; ello implica que como parte de su naturaleza mantienen un aspecto creativo tendiente al cambio, implicando procesos de reelaboración y usos diferenciados aunque sean comunes al interior de la cultura de una sociedad. Tienen un carácter coyuntural, guardan relación con la forma “cómo percibimos y explicamos nuestros comportamientos, cómo nos asumimos ante el

mundo”, en conjunto con el del otro en lo consuetudinario. Es en ese diario acontecer en donde se colocan de manifiesto etiquetas, estigmas, reglas, pautas, patrones y normas, que se adoptan y practican en cada región, en particular en aquellos que componen a América Latina, determinando en el sujeto y en el colectivo, rasgos específicos en su “ser”, “hacer”, “sentido de identidad y pertenencia”, que los distinguen y caracteriza.

En la esfera de lo cultural, tiene cabida el surgimiento de distintos enfoques y representaciones que responden a referentes que fraguan una asunción de la dimensión social; así por ejemplo, bajo las *concepciones multiculturales*, se acepta la existencia de diversidad de culturas, colocando énfasis en su diferencia; de allí que esta posición se emparenta a un cumplimiento relativo de respeto al otro, pero tomando distancia del mismo; es decir, emerge un patrón de cierta separación de lo que piensan, vivencian y sienten, determinados grupos que pertenecen a un contexto o territorio específico con relación a los que habitan en otro lugar, frontera o latitud; en tanto que las *perspectivas de la interculturalidad*, aluden a una dinamización de visiones en el orden de lo nacional, económico, político, social, étnico, de género y hasta de lo generacional; es de este modo, como lo territorial y lo transnacional, y la mirada hacia lo propio, pero también hacia los lazos, las vinculaciones y la interacción, forman parte crucial de la constitución de un ser humano que con sus particularidades, se inserta en el marco de la globalización.

Los puntos de convergencia y de separación que existen entre estas perspectivas con respecto a los “modos de producción de lo social”, son demarcados por García-Canclini (2004) cuando expresa que:

La interculturalidad, remite a la confrontación y el entrelazamiento, a lo que sucede cuando los grupos humanos entran en relaciones e intercambios (...), la multiculturalidad supone aceptación de lo heterogéneo, la interculturalidad, implica que los diferentes son lo que son en relaciones de negociación, conflicto y préstamos recíprocos. (p-15).

A partir de estas miradas, se dan nuevos escenarios configurados por un sistema de relaciones que Geertz (1997), acuña como cultura, asumiéndolas como las tramas de significación que el individuo va construyendo dentro de la sociedad; por lo tanto, su realización social se cimienta en las percepciones, representaciones e imaginarios que germinan para definir las vinculaciones entre los hombres y entre éstos y el mundo donde residen.

La complejidad y multiplicidad, se tornan en elementos claves de la imbricación entre lo cultural e intercultural, en lo cual también entra en juego el ámbito educativo, que define valoraciones, estilos, modos de apropiación, interpretación y resignificación de los productos tangibles y simbólicos que surgen por efecto de la globalización. En este escenario, como lo reporta Warnier (2002), la sociedad se ve sumida en el horizonte de la abundancia, la dispersión y el deseo de concentración de las referencias culturales, enfrentándose al discurso de lo global, del crecimiento de las economías, el mercado, la competencia, el desarrollo de redes, espacial y del conocimiento, lo nacional, que a juicio de De la Fuente (2008), parte de la concepción de Estado como agente abarcador y omnipresente, que lidera los procesos socioeconómicos en todo el territorio, a través de principios que rigen el desarrollo interno y los nexos con los otros, todo esto matizado a su vez, por un plano que pretende conciliar ambas posturas, en pro del crecimiento de políticas de crecimiento endógeno e iniciativas para una avanzada desde lo local, si obviar los lazos de interdependencia con otras ciudades, países o regiones.

4. Globalización e Identidad: escenarios de construcción de representaciones culturales en América Latina

En los escenarios actuales, como parte de la globalización, el empleo de medios y herramientas tecnológicas, tiene como rasgo distintivo la ruptura espacio-temporal que otorga nuevos visos a la categoría “fronteras”, al erigirse las redes como elementos esenciales a través de las cuales emergen variadas significaciones, relaciones e intercambios, colocándose en el tapete constructos que contempla en su discurso Bracho (2008); así por ejemplo, éste enuncia la aterritorialidad, la transescala (otro territorio), la transnacionalidad y la apertura (ausencia de fronteras); éstas suponen la movilización de la esfera de la cultura, que se ve impactada por nuevas formas de consumo y producción, que también inciden sobre las visiones de cada persona, del conjunto, de la sociedad, en sus modos de auto-representarse, en sus cosmovisiones y relaciones con el otro.

Esto trae consigo un quiebre al carácter estructural desde el cual se había adoptado la dimensión cultural, tornándola en un entramado que se teje de manera continua, en función de aspectos de carácter simbólico, social, económico, político, humanos; entre otros, que sin duda, marcan el perfil de la *identidad*; categoría que el mismo Bracho (2008), advierte posee una larga data en el tiempo y a la cual ya en el siglo XVIII, grandes

pensadores como Voltaire y Rousseau, hacían alusión al referirse a ella como “lo nacional”; esto es, como un modo específico de pensar, actuar y comunicarse, que descansa en la relación dialéctica universalidad-particularidad. *La identidad*, se asume como una construcción simbólica que es contextual y que guarda un cierto grado de dinamicidad en sus símbolos y valores, a la vez que como lo apunta Castells (2000a): “... tiene que ver con un proceso de construcción de sentidos” (p.28); estos, signan la posición del ser humano en la sociedad; en consecuencia, forman parte de una memoria colectiva común, que tal como lo refiere Mora (2001), se halla articulada al eje de las mentalidades y las representaciones

En un mundo de intercambios, relaciones e interconexiones provocadas por la globalización; la identidad y la interculturalidad, se disponen como entidades centrales “para aprender a descubrir y resignificar el valor de lo diferente” (García- Canclini, 2004, p.214). Y pese a que en rigor, según lo aduce De Sierra (2008), América Latina, posee una naturaleza diversa que estriba en la particular configuración sociopolítica y sociocultural de cada región, lo que evidentemente marca ciertas costumbres, prácticas y conductas tanto individuales como colectivas; no obstante, se admite que al constituirse América Latina como un objeto de estudio, se reconoce en éste el hilo conductor que sin dejar de lado sus propias complejidades y especificidades, vincula a los países miembros más allá de los puntos de concordancia en el idioma, la matriz católica que impuso la colonización, las mezclas de razas que signa el patrón antropológico y cultural del continente, el carácter mayor o menor de dependencia de otras economías y poderes; entre otros, ello permite pensar en “fronteras móviles”, que den lugar a espacios de consenso y disenso donde no se caiga en un esquema de múltiples diferencias o que por el contrario se llegue a un agrupamiento simplista y unificador, como parte de la acción de los procesos globalizadores en este contexto.

Existe un alineamiento con el punto de vista de Ayala (2004), para quien indudablemente: “la globalización incide en términos de autonomía (...), así como en la definición de la realidad y de construcción de las representaciones simbólicas orientadoras del estilo de vida y los comportamientos cotidianos” (p-125); por tanto, ella motoriza determinadas representaciones que emergen de los discursos que circulan en escala regional, nacional y mundial; es así que toda una amplia gama de conceptos, concepciones

y valoraciones, son deconstruidas y resignificadas a la luz de nuevas realidades que delinear los trazos de códigos, simbolizaciones y sentidos diferentes.

De acuerdo con lo antes mencionado, se podría señalar en cuanto a la esfera de lo social, que surge una dinámica que gravita en torno al significado de la participación y el intercambio, donde los términos “inclusión” y “exclusión”, toman un papel estelar, al mismo tiempo que la información y el conocimiento se ubican como ejes fundamentales de las relaciones que se constituyen. Esta aseveración se sustenta en las ideas que apunta Milani (2008), al afirmar que:

La globalización des-espacializa y des-temporaliza las prácticas humanas, las condiciones de producción del conocimiento, caracterizando una dinámica propia, un mundo en que la relación de los objetos es gradualmente dominada por sus signos, subvirtiendo el orden constituido de los Estados y la producción de su identidad, reterritorializando identidades y sistemas de autoridad. Esto repercute en las referencias y visiones del Estado, de la nación, la soberanía y de la sociedad (p.84).

Sin embargo ante este panorama, emanan discursos alternativos y enfoques emergentes que se apoyan en la resistencia, la crítica y la denuncia hacia los “sistemas de absorción” y de “homogeneización”; desde allí, se impulsa el nacimiento de acciones colectivas, direccionadas por movimientos sociales que se organizan a través de las llamadas “redes activistas”, que propenden a la construcción de “un sujeto social” más complejo, en el cual se imbrican lo local, nacional y global. Desde este ángulo, a decir de Krotz (2004): “asistimos a un aprendizaje en el sentido de la construcción de una concepción colectiva cada vez más rica de lo que es el ser humano” (p.79); esto favorece el posicionamiento en el tapete de temas que antes habían sido poco explorados; a saber, estudios de género, de etnias, del sujeto individual y colectivo, de los movimientos campesinos y regionalistas; entre otros.

Así, resulta interesante que como consecuencia del uso de las herramientas tecnológicas vía conexión Internet, se desarrolle como lo refiere Milani (2008), un fenómeno de “multipertenencia”, que integra experiencias de luchas de actores políticos de distintas latitudes, para no sólo hacer descripción de éstas y establecer articulaciones, sino además para acceder a nuevas formas de acción colectiva que se instituyen a partir de la existencia de una dimensión simbólica en la cual se fragua un nuevo territorio desde lo

material e inmaterial, para provocar el surgimiento de debates, conexiones, liderazgos, cadenas de interdependencia y movilización.

La configuración de ese continuum de información que fluye a partir de la asociación de grupos en redes, supone según Castells (2000b), ser partícipes de una nueva morfología social, que él denomina “la sociedad red”, donde se da una re-territorialización de movimientos transnacionales que pese a vincularse de modo virtual, comparten principios que aluden a intereses comunes, derechos humanos, proyectos de lucha, espacios de solidaridad y de cooperación. Esto deja entrever, que se originan representaciones que responden a maneras distintas de ver y asumir la interacción entre los individuos a partir de redes, el activismo y la participación se constituyen en formas que se endilgan a la gestión social, replanteando necesariamente las relaciones entre el Estado y la sociedad civil y el ámbito político, económico y cultural.

Irrumpen matices que implican otras realidades y referentes, emparentadas con nuevas lógicas y racionalidades que imprimen su sello en las cosmovisiones y en la acción individual y colectiva, propiciando la emergencia del empoderamiento y el posicionamiento protagónico de voces desde el plano local; pero pese a que esto ocurre, es preciso reconocer que ello acontece con un cierto divorcio de un proceso de formación para la participación consciente y sin una real conexión con la elaboración colectiva de un proyecto consensuado de país y de sociedad. Lo que sí es evidente, es que dentro de esas manifestaciones colectivas, se hace cada vez más fuerte la mirada hacia la valoración de prácticas que conlleven a la preservación del ambiente y se reivindican gradualmente saberes que antes no eran admitidos como científicos, se otorga un papel creciente al sentido de lo ético y lo humano.

Es preciso acotar que paulatinamente se empieza a dar cabida a la “alteridad”, concebida como lo que se desea ser de modo individual y colectivo (Douglas, 1998) y la otredad; concebida como la contemplación del otro, con sus semejanzas y sus diferencias. En esta vía, se alzan dilatadamente movimientos alternativos guiados por valores que responden a un nuevo orden civilizatorio más equitativo, incluyente y compartido. Este replanteamiento del ser individual y social, podría inscribirse en lo que Bracho (2008), reporta como un aspecto positivo de la globalización, en cuanto a las oportunidades que ella abre para “constatar que no existe oposición inmanente entre lo local-nacional-mundial”

(p.48). En concordancia con lo planteado por este autor, la investigadora considera que a la par de esto, existe una pérdida del papel de los Estados nacionales como tal, en cuanto a su participación en las distintas esferas del espacio público y los medios de comunicación y las Tecnologías de la Comunicación y de la Información, pasan entonces a ocupar como espacios públicos, posiciones privilegiadas dentro de la visión, la significación y la adquisición del logro del reconocimiento social y cultural.

Dentro de las representaciones reinantes, existe una trascendencia transnacional de la cultura, de allí que una parte de las expresiones, manifestaciones populares, hábitos, se asientan en el “sistema mundo”; no obstante, las entidades de multiculturalismo e interculturalidad, consideradas y debatidas de modo abundante en otros espacios, no revisten un rol protagónico en las visiones de los llamados países periféricos, promoviendo la existencia de particulares formas de cultura tanto en el interior como en el exterior de las comunidades nacionales; pese a esto, se hallan movimientos sociales que comienzan a defender las bondades de este discurso, a la vez de apearse en la idea del surgimiento de una “cultura híbrida”; noción que se registra en los textos de García –Canclini (1995) y de Vessuri (2005), y la cual es imperativo enraizar en América Latina, puesto que ella contempla “el reconocimiento al otro, a lo ajeno y a lo diferente” (Bracho, 2008, p. 83).

5. A manera de reflexiones finales

Al estar inmersos hoy en el marco de la globalización y más aún al formar parte de la búsqueda de integración de América Latina, los procesos de desarrollo de la identidad, se hallan indefectiblemente en movilidad, existiendo una mutua influencia y determinación entre los acontecimientos económicos, políticos, sociales y culturales; ello se manifiesta en el plano de lo objetivo y de lo subjetivo, llegando incluso hasta una dimensión estructural. Esto genera como demanda, que es preciso construir espacios donde tenga cabida el posicionamiento protagónico de un discurso local y nacional, soportado en un sentido propio y colectivo de identidad y pertenencia, que sea alcanzable y sustentable. Éste sólo puede cimentarse desde una concepción de educación pensada de modo distinto, al emparentarla con políticas que en esencia respondan a un proyecto de sociedad, que potencie un ser reflexivo, crítico y con un alto nivel de libertad.

Un ser humano formado desde esta perspectiva, podría estar abierto a una visión de universalidad e integralidad en la cual emergen espacios de consenso, diálogo, aceptación del otro y de sus diferencias y de argumentación ante los discursos hegemónicos, pero que a la par, propicie cosmovisiones hacia la especificidad de ser Latinoamericano y más aún ante la singularidad de pertenecer al contexto venezolano.

En lo consuetudinario, tal como lo establece Pereira (2003), la educación en América Latina provee un carácter limitado al desarrollo de un sentido de autenticidad y al patrimonio simbólico que representa la identidad cultural, lo cual podría incidir en una crisis de las valoraciones del sujeto y de la apropiación de sus potencialidades llevándolo a convertirse según lo advierte el mismo autor: “en un obediente ciudadano del mundo” (p.11); en atención a esto, se deben superar los problemas que aquejan a la educación y formación que se adelanta en el continente, tales como: la improvisación, las copias de tendencias sin recreación, el carácter imitativo, la subvaloración de las potencialidades de cada persona y grupo; factores que es necesario aminorar y redimensionar, para fundamentar una cultura internalizada que promueve la expresión propia.

Por ende, sólo desde una educación contextualizada y concebida para construir permanentemente “una sociedad alternativa”, conformada por individuos cuyo ser, pensar y sentir no desaparece ante los procesos de globalización o de integración y sólo desde ella será posible abrir el compás hacia la mirada al otro, a partir de la comprensión de sí mismo y del sentido de la interculturalidad; aspectos que se constituyen en el fundamento de esa “*reconceptualización hacia lo cultural*”.

Por otra parte, se encuentra que en la actualidad se halla una cosmovisión sustentada en la admisión de la complejidad del sistema-mundo y sus culturas, desde estos matices comienzan a revalorizarse y generarse una visión de la necesaria emergencia de la significación de lo local, surgiendo grupos y movimientos que más allá del marco de las mediciones e indicadores, propugnan la reivindicación de las voces desde lo local y motivan el reconocimiento de las propias culturas y del sentido de lo humano.

Finalmente, se estima que las categorías globalización, representaciones, educación e identidad, forman parte de un entramado que hoy más que nunca se encuentra en el tapete de la discusión, siendo las representaciones y la identidad, patrimonios simbólicos que se crean y recrean en contacto con nuevos patrones y realidades; en razón a esto, se concluye

que son constructos inacabados que en su constante hacer, siempre estarán en el centro del debate al pensar en la dimensión cultural de América Latina como una y diversa.

Referencias.

- Augé, M. (1996). *Dios como objeto. Símbolos, cuerpos, materiales, palabras*. España: Gedisa
- Ayala, R. (2004). América Latina: la reestructuración de las relaciones de dependencia. En *Revista de Ciencias Sociales*. Universidad de Costa Rica- (I-II), 115-126
- Beriain, J. (1990). *Representaciones colectivas y proyecto de modernidad*. España: Anthropos
- Borroto, L. (2008). Globalización asimétrica y educación en América Latina. En Cairo, H y De Sierra, G (Comp.). *América Latina, una y diversa: Teorías y métodos para su análisis*. Costa Rica: Alma Máter. p. 127-137
- Bracho, J. (2008). *Globalización, regionalismo, integración*. Caracas: UPEL
- Cassirer, E. (1998). *Filosofía de las formas simbólicas III*. México: FCE
- Castells, M. (2000a). *El poder de la identidad*. Vol. 2. Madrid: Alianza
- Castells, M. (2000b). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol I. La sociedad red*. Madrid: Alianza
- Chartier, R. (1996). *El mundo como representación*. España: Gedisa
- Cornieles, E. (2000). Educación en la globalización. Cuerpo de Opinión. *Diario Panorama*. Venezuela
- De La Fuente, R. (2008). Las ciudades latinoamericanas, una heterogénea producción y transformación socio-espacial. En Cairo, H y De Sierra, G (Comp.). *América Latina, una y diversa: Teorías y métodos para su análisis*. Costa Rica: Alma Máter. p. 27-45
- De Sierra, G. (2008). América Latina, una y diversa. En Cairo, H y De Sierra, G. (Comp.). *América Latina, una y diversa: Teorías y métodos para su análisis*. Costa Rica: Alma Máter. p. 15-25
- Douglas, M. (1998). *Estilos de pensar*. España: Gedisa
- Durkheim, E. (1976). *Representaciones individuales y representaciones colectivas. Educación como socialización*. España: Sígueme, p. 52-82. (Obra original publicada en 1898).
- Esté, A. (1997). *Cultura replicante*. España: Gedisa.
- García-Canclini, N. (1995). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo
- García-Canclini, N. (2004). *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. España: Gedisa
- Geertz, C. (1997). *La interpretación de las culturas*. España: Gedisa
- Held, D. (2000). *Impactos de la Globalización*. Inglaterra: Polity Press
- Hewstone, M, Stroebe, W. y otros (1993). *Introducción a la psicología social*. España: Ariel
- Ianni, O. (1990). La idea de América Latina. En Roitman, E y Castro, M (eds.). *América Latina: entre los mitos y la utopía*. Madrid: Ediciones UCM. p. 49-69
- Krotz, E. (2004). Antropología, derechos humanos y diálogo intercultural. En *Revista de Ciencias Sociales*. Universidad de Costa Rica (I-II), 75-82

- Milani, C. (2008). Contestación política y movimientos sociales transnacionales en América Latina: el caso de Vía Campesina. En Cairo, H y De Sierra, G (Comp.). *América Latina, una y diversa: Teorías y métodos para su análisis*. Costa Rica: Alma Máter. p. 83-97
- Mora, J. (2001). *Historia social de las mentalidades de la educación en la vicaría foránea de la Grita en el tiempo histórico de la Diócesis de Mérida de Maracaibo (1778-1884)*. Tesis doctoral publicada para optar al título de Doctor en Historia. Universidad Central de Venezuela
- Moreno, J. (2000). *El tercer milenio y los nuevos desafíos de la Educación. América Latina y el caso venezolano*. Caracas. Editorial Panapo
- Moscovici, S. (1979). *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Argentina: Huemul
- Moscovici, S. (2000). Representaciones sociales: contribución a un saber sociocultural sin fronteras. En Jodelet, D y Guerrero, A (Comp.). *Develando la cultura. Estudios sobre representaciones sociales*. México: Universidad Nacional Autónoma
- Palomino, L. (1998). *Globalización y educación*. Segundo seminario virtual de la Pontificia Universidad Católica del Perú
- Pereira, N. (2003). *Hacia una educación auténtica venezolana a través de la identidad*. (Tesis de grado no publicada), presentada como requisito para optar al título de Doctor en Ciencias de la Educación. Caracas: Universidad Santa María
- Ruiz, J. (2003). Representaciones colectivas, mentalidades e historia cultural: A propósito de Chartier y el mundo como representación. *Relaciones 93*, Vol. XXIV [Documento en línea]. Disponible: <http://www.colmic.edu.mx/relación/93/pdf>
- Vessuri, H. (2005). La significación de lo local en un enfoque CTS. En *Revista Innovación y Ciencia*. XII, 1-2, (33-38)
- Warnier, J. (2002). *La mundialización de la cultura*. España: Gedisa

Notas.

ⁱ A finales de 1968 con la crisis de la universidad europea, se remozó desde sus raíces la estructura de la escuela y las ediciones de la revista *Anales*, dando preponderancia al ángulo social y cultural dentro del campo de la historia. En este sentido, cuenta Josep Fontana. *La historia de los hombres*. Barcelona, Crítica, 2001, p. 208: “En el número de Mayo – Junio de 1969, Braudel anuncia un “cambio de piel para *Anales*” (...), los hombres que ahora idearían los artículos doctrinales serían André Burguière, Francois Furet, Emmanuel Le Roy Ladurie, Marc Ferro, Jacques Revel”. Asimismo, dentro de esta distinguida cuarta generación se hallan nombres importantes como los de Philippe Aries, Jacques Le Goff, Alphonse Dupront, Robert Mandrou, Pierre Nora y Michelle Vovelle y en la quinta generación en lo referente al tema de las representaciones sociales, se ubica un autor clave dentro de la llamada historia antropológica, es Roger Chartier.

ⁱⁱ La categoría representaciones sociales se perfila desde Roger Chartier (1996), quien la avizora como la construcción de significaciones y prácticas sociales mediadas por cosmovisiones, intereses y códigos compartidos de los cuales dependen las distintas lecturas e interpretaciones que los seres humanos hacen de la realidad. Esta concepción ciertamente no dista de la noción de “*representaciones colectivas*” a la cual alude Emile Durkheim (1858-1917) desde un cariz de la sociología clásica en 1898.

ⁱⁱⁱ En el campo de la llamada antropología hermenéutica se presenta a las representaciones, ligadas al mundo de los signos, símbolos y significados atribuidos por el sujeto en aras de llegar a establecer y comprender el horizonte de las ideas, su propio mundo y el de la sociedad, está involucrado por tanto, el lenguaje y la comunicación, tal como lo señala Ernst Cassirer (1998): “la representación en tanto que presencia, es al mismo tiempo un hacer presente que se halla frente a nosotros como un aquí y un ahora, lo que se nos da como algo particular y concreto” (p. 132-133).

^{iv} En el interior de la psicología social, es Serge Moscovici quien en 1961 en el contexto europeo, concretamente en Francia, acuña la noción de representaciones sociales. Su labor consiste en reemplazar el vocablo colectivo por social, se fundamenta en las ideas de Emile Durkheim, pero compone críticas al estatismo desde el cual se plantean las representaciones colectivas ya que a su juicio aún cuando éste se ocupaba del individuo y de la sociedad, no maneja el concepto de “interdependencia” o de “co-construcción”, ni aborda el efecto de los gestos y las palabras sobre el pensamiento; elementos de los que toma distancia. Las vislumbra con una naturaleza dinámica, como creadas y recreadas por los seres humanos en interacción mutua, “adoptándolas como el conjunto de conceptos, afirmaciones y explicaciones que tienen su origen en las comunicaciones interindividuales de la vida cotidiana” (p.107). Hewstone, Stroebe y otros (1993). Según Serge Moscovici, sus contenidos son más móviles, intercambiables y no tan compartidos, esta concepción se refleja en su artículo “Representaciones sociales: contribución a un saber sociocultural sin fronteras”. Esto hace parte del libro *Develando la cultura*, compilado por Jodelet y Guerrero, en el año 2000, a la vez que se revela en Moscovici (1979), p. 168.